

SONETO

Diuurna enfermedad de la esperanza,
Que así entretienes mis cansados años,
Y en el fiel de los bienes y los daños
Tienes en equilibrio la balanza.

Que siempre suspendida, en la tardanza
De inclinarse, no dejan tus engaños,
Que lleguen á excederse en los tamaños
La desesperacion, ó la confianza;

¿Quién te ha quitado el nombre de homicida?
Pues lo eres más severa, si se advierte,
Que suspendes el alma entretenida;

Y entre la infausta, ó la felice suerte,
No lo haces tú, por conservar la vida,
Sino por dar más dilatada muerte.

OVILLEJOS

El pintar de Lisarda la belleza,
En que así se excedió naturaleza,
Con un estilo llano,
Se me viene á la pluma, y á la mano.
Y cierto que es locura
El querer retratar su hermosura,
Sin haber en mi vida dibujado,
Ni saber que es azul ó colorado,
Que es regla, que es pincel, oscuro ó claro,
Aparejo, retoque, ni reparo.
El diablo me ha metido en ser pintora:
Dejémosle, mi Musa, por ahora,
Á quien sepa el oficio;
Más esta tentacion me quita el juicio.
Y sin dejarme pizca,
Ya no sólo me tienta, me pellizca,
Me cosca, me hormiguea,
Me punza, me empuja, y me aporrea.
Yo tengo de pintar, dé donde diere,
Salga como saliere,
Aunque saque un retrato
Tal que despues le ponga : aqueste es gato.
Pues no soy la primera
Que con hurtos de Sol, y Primavera,

Echan, con mil primores,
Una mujer, en infusion de flores;
Y despues que muy bien alambicada
Sacan una belleza destilada,
Cuando el hervor se entibia,
Pensaban que es rosada, y es endibia.
Más no pienso robar yo sus colores;
Descansen, por aquesta vez, las flores,
Que no quiere mi Musa, ni se mete,
En hacer su hermosura ramillete.
Más ¿con qué he de pintar, si ya la vena
No se tiene por buena,
Si no forma, hortelana en sus colores,
Un gran cuadro de flores?
¡Oh siglo desdichado, y desvalido,
En que todo lo hallamos ya servido!
Pues que no hay voz, equívoco, ni frase,
Que por común no pase;
Y digan los censores:
Eso, ya lo pensaron los mayores.
Dichosos los antiguos, que tuvieron
Paño de que cortar, y así vistieron
Sus conceptos de albores,
De luces, de reflejos y de flores;
Que entónces era el Sol nuevo flamante,
Y andaba tan valido lo brillante;
Que el decir que el cabello era un tesoro,
Valía otro tanto oro;
Pues las estrellas con sus rayos rojos,
Que aún no estaban cansadas de ser ojos;
Cuando eran celebradas,

Ó dulces luces, por mi mal halladas,
Dulces y alegres, cuando Dios quería;
Pues ya no os puede usar la Musa mía,
Sin que diga severo algun letrado,
Que Garcilaso está muy maltratado,
Y en lugar indecente;
Más si no, es á su Musa competente,
Y le ha de dar enojo semejante,
Quite aquellos dos versos, y adelante.
Digo, pues, que el coral entre los sabios
Se estaba con la grana aún en los labios,
Y las perlas con nítidos orientes
Andaban enseñándose á ser dientes;
Y alegaba la concha, no muy loca;
Que si ellos dientes son, ella es la boca;
Y así entónces, no hay duda,
Empezó la belleza á ser conchuda.
Pues las piedras, ay Dios, y qué riqueza!
Era una platería, una belleza,
Que llevaba por dote en sus facciones
Más de treinta millones;
Esto si era hacer versos descansado;
Y no en aqueste siglo desdichado,
Y de tal desventura,
Que está ya tan cansada la hermosura
De verse en los planteles,
De azucenas, de rosas, y claveles,
Ya del tiempo marchitos,
Recogiendo humedades, y mosquitos
Que con enfado extraño,
Quisiera más un saco de ermitaño.

Y así andan los poetas desvalidos,
Achicando las antiguallas de vestidos,
Y tal vez, sin mancilla,
Lo que es jubon ajustan á ropilla,
O hacen de unos centones,
De remiendos diversos los calzones,
Y nos quieren vender por extremada
Una belleza rota y remendada.
Pues que es ver las metáforas cansadas,
En que han dado las Musas alcanzadas;
No hay ciencia, arte, ni oficio,
Que con extraño vicio,
Los poetas con vana sutileza,
No anden acomodando á la belleza,
Y pensando que pintan de los cielos,
Hacen unos retablos de sus duelos.
Pero diránme ahora
Que quien á mí me mete en ser censora,
Que de lo que no entiendo es exceso;
Pero yo les respondo que por eso,
Que siempre el que censura y contradice,
Es quien ménos entiende lo que dice.
Más si alguno se irrita,
Murmúreme también, ¿quién se lo quita?
No haya miedo que en eso me fatigüe,
Ni que á ninguno obligue
A que encargue su alma,
Tengasela en su palma,
Y haga lo que quisiere,
Pues su sudor le cuesta al que leyere.
Y si ha de disgustarse con leerlo,

Vénguese del trabajo con morderle,
Y allá me las den todas,
Pues yo no me he de hallar en esas bodas.
¿Vén? Pues esto de bodas, es constante
Que lo dije por sólo el consonante,
Si alguno halla otra voz que más expresa,
Yo le doy mi poder, y quiteme esa.
Más volviendo á mi arenga comenzada,
Válgate por Lisarda retratada,
Y qué difícil eres!
No es mala propiedad en las mujeres.
Más ya lo prometí, cumplirlo es fuerza,
Aunque las manos fuerza,
Á acabar lo me obligo,
Pues tomo bien la pluma, y Dios conmigo.
Vaya, pues, de retrato;
Dénme un Dios te socorra de barato.
!Ay! con toda la trompa,
Que una Musa de la ampa
Á quien ayuda tan propicio Apolo,
Se haya rozado con Jacinto Polo,
En aquel conceptillo desdichado,
Y pensarán que es robo muy pensado!
Es, pues, Lisarda, es pues; ¡ay Dios! qué
No sé quien es Lisarda, les prometo; [aprieto!
Que mi atención sencilla
Pintarla prometió, no definirla.
Digo, pues, ó que pudieses tan socces!
Todo el papel ha de llenar de pudieses.
¡Jesús! que mal empiezo;
Principio iba á decir, ya lo confieso,

Y acordéme al instante
Que principio no tiene consonante;
Perdónen que esta mengua
Es de que no me ayuda bien la lengua.
¡Jesús! y que cansados
Estarán de estar desesperados,
Los tales mis oyentes;
Más si esperar no gustan impacientes,
Y juzgarán que es largo, y que es pesado,
Vayan con Dios, que ya esto se ha acabado;
Que quedándome sola, y retirada,
Mi borrador haré más descansada,
Por el cabello empiezo, esténse quedos,
Que aquí hay que pintar muchos enredos;
No hallo comparacion que bien le cuadre
Qué para poco me parió mi madre!
¿Rayos del sol? ya aquello se ha pasado,
La pragmática nueva lo ha quitado.
¿Cuerda de arco de amor, en dulce trance?
Eso es llamarlo cerda, en buen romance.
Que linda ocasion era
De tomar la ocasion por la mollera;
Pero aquesta ocasion ya se ha pasado,
Y calva está de haberla repelado,
Y así en su calva lisa,
Su cabellera irá tambien postiza;
Y el que llega á cogella,
Se queda con el pelo, y no con ella;
Y, en fin, despues de tanto dar en ello,
¿Qué tenemos, mi Musa, de cabello?
El de Absalon viniera aquí nacido,

Por tener mi discurso suspendido;
Más no quiero meterme yo en hondura,
Ni hacerme que entiendo de escritura.
En ser cabello de Lisarda quede,
Que es lo que encarecerse más se puede,
Y bájese á la frente mi reparo,
Gracias á Dios que salgo hácia lo claro,
Que me pude perder en su espesura,
Si no, saliera por la comisura.
Tendrá, pues, la tal frente
Una caballería largamente,
Según está de limpia y despejada;
Y si temen por esto verla arada,
Pierdan ese recelo,
Que estas caballerías son del cielo.
¿Qué apostamos que ahora piensan todos
Que he perdido los modos
Del estilo burlesco,
Pues que ya por los cielos encarezco?
Pues no fué ese mi intento,
Que yo no me acordé del firmamento,
Porque mi estilo llano
Se tiene acá otros cielos más á mano,
Que á ninguna belleza se le veda
El que tener dos cielos juntos pueda.
Y cómo uno en su boca, otro en la frente,
Por Dios que lo he enmendado lindamente.
Las cejas son, ¿ahora diré arcos?
No, que es su consonante luégo zarcos,
Y si yo pinto zarca su hermosura,
Dará Lisarda al diablo la pintura,

Y me dirá que sólo algun demonio,
Levantara tan falso testimonio.
Pues yo lo he de decir, y en esto ahora
Conozco que del todo soy pintora,
Que mentir de un retrato en los primores,
Es el último exámen de pintores.
En fin, ya con ser arcos se han salido,
¿Más que piensan que digo de Cupido,
Ó el que es la paz del día?
Pues no son sino de una cañería,
Por donde encaña el agua á sus enojos,
Por más señas que tiene allí dos ojos.
Esto ¿quién lo ha pensado?
Me dirán que esto es viejo y es trillado
Más ya que los nombré, fuerza es pintarlos,
Aunque no tope verso en que colgarlos.
¡Nunca yo los mentara!
Que quizas al lector se le olvidara.
Empiezo á pintar, pues; nadie se ría
De ver que titubea mi Talía,
Que no es hacer buñuelos,
Pues tienen su pimienta los ojuelos,
Y no hallo en mi conciencia
Comparacion que tenga conveniencia
Con tantos arreboles;
¡Jesús! ¿no estuve en un tris de decir soles?
Qué grande barbarismo!
Apolo me defienda de sí mismo,
Que á los que son de luces sus pecados,
Los veo condenar de alucinados,
Y temerosa yo, viendo su arrojó,

Trato de echar mis luces en remojo.
Tentacion solariega en mi es extraña,
Que se vaya á tentar á la montaña;
En fin, yo no hallo símil competente,
Por más que doy palmadas en la frente,
Y las uñas me como;
¿Dónde el viste estará, y el así como,
Que siempre tan activos
Se andan á principiar comparativos?
Más ay! que donde vistes hubo antaño,
No hay así como ogaño;
Pues váyanse sin ellos muy serenos,
Que no por eso dejan de ser buenos,
Y de ser manantial de perfecciones,
Que no todo ha de ser comparaciones;
Y ojos de una beldad tan peregrina,
Razon es ya que salgan de madrina,
Pues á sus niñas fuera hacer ultraje,
Querer tenerlas siempre en pupilaje.
En fin, nada les cuadra, que es locura
Al círculo buscar la cuadratura.
Síguese la nariz, y es tan seguida
Que ya quedó con esto definida;
Que hay nariz torticosa, tan tremenda,
Que no hay géometra alguno que la entienda.
Pásome á las mejillas,
Y aunque es su consonante maravillas,
No las quiero yo hacer predicadores
Que digan: Aprended de mí á las flores;
Más si he de confesarles mi pecado,
Algo ei carmin y grana me han tentado,

Mas ahora ponérsela no quiero,
Si ella lo quiere, gaste su dinero ;
 Que es grande bobería
El quererla afeitar á costa mía.
Ellas, en fin, aunque parecen rosa,
Lo cierto es que son carne, y no otra cosa.
; Válgame Dios! lo que se sigue ahora,
Haciéndome está cocos el Aurora,
Por ver si la comparo con tu boca,
Y el Oriente con perlas me provoca ;
 Pero no hay que mirarme,
Que ni una sed de Oriente ha de costarme.
 Es, en efecto, tan fina
Que parece bocado de cecina,
Y no he dicho muy mal, pues de salada
Dicen que se le ha puesto colorada.
; Vén cómo sé hacer comparaciones
Muy propias en algunas ocasiones?
Y es que donde no piensa el que es más vivo,
 Falta el comparativo,
Y si alguno dijere que es grosera
Una comparacion de esta manera,
Respóndame la Musa más ufana
; Es mejor el gusano de la grana,
Ó el clavel, que si el gusto los apura,
Hara echar las entrañas su amargura?
 Con todo, Númen mio,
Aquesto de la boca va muy frio :
 Yo digo mi pecado,
Ya está el pincel cansado ;
Pero pues tengo ya frialdad tanta,

Gastemos esta nieve en la garganta,
Que la tiene tan blanca y tan helada,
Que le sale la voz garapiñada.
Más por sus pasos yendo á paso llano,
Se me vienen las manos á la mano ;
Aquí habré menester grande cuidado,
Que ya toda la nieve se ha gastado,
Y para la blancura que atesora,
No me ha quedado ni una cantimplora ;
 Y fué la causa de esto
Que como iba sin sal, se gastó presto.
Más puesto que pintarla solícito,
Por la Virgen que esperen un tantito,
 Mientras la pluma tajo
Y me alivio un poquito del trabajo ;
Y por decir verdad, mientras suspensa
 Mi imaginacion piensa
Algun concepto que á sus manos venga
; Oh, si Lisarda se llamara Menga,
Qué equívoco tan lindo me ocurría,
Que sólo por el nombre se me enfria !
 Ello fuí desgraciada
En estar ya Lisarda bautizada :
Acabemos, que el tiempo nunca sobra ;
Á las manos, y manos á la obra.
 Empiezo por la diestra,
Que aunque no es ménos bella la siniestra,
 A la pintura, es llano,
Que se le ha de asentar la primer mano.
Es, pues, blanca y hermosa con exceso,
Porque es de carne y hueso,

No de marfil, ni plata, que es quimera,
Que á una estatua servir sólo pudiera ;
Y con esto, aunque es bella,
Sabe su dueño bien servirse de ella,
Y la estima bizarra
Más no porque luce, porque agarra.
Pues no le queda en fuga la siniestra,
Porque aunque no es tan diestra,
Y es algo ménos en su ligereza,
No tiene un dedo ménos de belleza.
Aquí viene rodada
Una comparacion acomodada ;
Porque, no hay duda, es llano,
Que es la una mano como la otra mano ;
Y si alguno dijere que es friolera
El querer comparar de esta manera,
Respondo á su censura
Que el tal no sabe lo que se murmura ;
Pues pudiera muy bien naturaleza
Haber sacado manca esta belleza ;
Que yo he visto bellezas muy amponas,
Que si mancas no son, son mancarronas.
Ahora falta á mi Musa la estrechura
De pintar la cintura :
En ella he de gastar poco capricho,
Pues con decir lo breve, se está dicho ;
Porque ella es tan delgada,
Que en una línea queda ya pintada.
El pié yo no lo he visto, y fuera engaño
Retratar el tamaño,
Ni mi Musa sus puntos considerara,

Porque no es zapatera ;
Pero segun airoso el cuerpo mueve,
Debe el pié de ser breve,
Pues que es, nadie ha ignorado,
El pié de arte mayor, largo y pesado ;
Y si en cuenta ha de entrar la vestidura,
Que ya es el traje parte en la hermosura,
Hasta aquí del garbo y de la gala
Á la suya no iguala,
De fiesta, ó de revuelta,
Porque está bien prendida, y más bien suelta.
Un adorno garboso, y no afectado,
Que parece descuido, y es cuidado ;
Un aire, con que arrastra la tal niña,
Con aseado desprecio la basquiña
En que se van pegando
Las almas entre el polvo que vá hollando.
Un arrojar el pelo por un lado,
Como que la acongoja por copado ;
Y al arrojar el pelo,
Descubrir un : por tanto digo cielo,
Quebrantando la ley ; más ¿ qué importara
Que yo la quebrantara ?
Á nadie cause escándalo, ni espanto,
Pues no es la ley de Dios la que quebranto ;
Y con tanto, si á Ustedes les parece,
Será razon que ya el retrato cese,
Que no quiero cansarme,
Pues ni aún el costo de él han de pagarme ;
Veinte años de cumplir en Mayo acaba :
Juana Inés de la Cruz la retrataba.

REDONDILLAS

Hombres necios, que acusais
A la mujer sin razon,
Sin ver que sois la ocasion
De lo mismo que culpais,

Si con ansia sin igual
Solicitais su desden,
¿Por qué quereis que obren bien
Si las incitais al mal?

Combatís su resistencia,
Y luégo con gravedad
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
De vuestro parecer loco
Al niño que pone el coco,
Y luégo le tiene miedo.

Quereis con presuncion necia
Hallar á la que buskais,
Para pretendida, Tais,
Y en la profesion, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
Que el que, falto de consejo,
El mismo empaña el espejo,
Y siente que no esté claro?

Con el favor y el desden,
Teneis condicion igual,
Quejándoos, si os tratan mal,
Burlándoos, si os quieren bien.

Opinion ninguna gana,
Pues la que más se recata,
Si no os admite, es ingrata,
Y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andais,
Que, con desigual nivel,
A una culpais por cruel,
Y á otra por fácil culpais.

¿Pues cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende,
Y la que es fácil enfada?

Más entre el enfado y pena
Que vuestro gusto refiere,
Bien haya la que no os quiere
Y quejaos enhorabuena.

Dan vuestras amantes penas
A sus libertades alas,

Y despues de hacerlas malas
Las quereis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasion errada,
La que cae de rogada
Ó el que ruega de caido?

¿Ó cuál es más de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga,
Ó el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantais
De la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis,
Ó hacedlas cual las buscais.

Dejad de solicitar,
Y despues, con más razon,
Acusaréis la aficion
De la que os fuere á rogar.

Bien con muchas armas fundo
Que lidia vuestra arrogancia,
Pues en promesa é instancia
Juntais diablo, carne y mundo.

DÉCIMAS

CELEBRA LOS AÑOS DE LA CONDESA DE PARÉDES

Vuestros años que la esfera
A luces cuenta, Señora,
Numera á perlas la aurora
Y á flores la primavera,
Hoy la luciente carrera
Del círculo iluminado
Cierran, que ha sido cuidado
Atentamente advertido,
Bello, luciente y florido,
Del alba, el cielo y el prado.

Círculos, que vais girando,
Los va, miéntras vais viviendo,
Vuestro rostro floreciendo
Y vuestros ojos dorando.
Con que vais encadenando
Cuando esparcis las centellas
De vuestras lucientes huellas,
Con rosas y resplandores,
Una cadena de flores
Con eslabones de estrellas.

Como allá vuestra persona
Digna de tel majestad,

En círculos vuestra edad
Os vá haciendo la corona,
Y en luceros que eslabona
Para la mayor grandeza,
Corona vuestra cabeza
En el solio de la esfera,
Porque ella sólo pudiera
Coronar vuestra belleza.

Yo, pues, que dichosa veo
La edad, que adorar no excuso,
Por no medirla, rehusó
Aún medirla á mi deseo;
Deidad os miro, y os creo,
Y así vuestra duracion,
No la mido á mi intencion,
Porque deseo que en todo
Vivais allá á vuestro modo,
Y no á mi limitacion.

ROMANCE

Salud y gracia, sepades,
Señor, que estas damiseías,
Que dan con el imposible
Mejor garbo á la belleza;
Por no olvidar tan del todo,
Ceremonias palaciegas,
Entendidos desahogos
De cortesanas empresas,
Donde el amor y el recato
Se avienen con tal decencia,
Que pasando á ser cariño
No dejan de ser decencia,
Ó porque este año nuevo
Las pusiese como nuevas,
Y salir de veinticinco,
Aunque salgamos de ochenta;
Que ya sabeis que componen
En la aritmética nuestra,
Rendimientos, y no días
Los años de la belleza.
Ó porque el favor, que vive
Del desden en la aspereza
Atado, un día en el año
Tenga una poca de suelta.